

HOMBRE MUERTO COMULGANDO

***LA NOVELA LUMINOSA* DE MARIO LEVRERO**

**BIBLIOTECA HUGO GIOVANETTI VIOLA / DIÁLOGOS Y
TEXTURAS URGENTES / 9**



para Eduardo Nogareda y Pablo Silva Olazábal
con cariño y gratitud

para Álvaro Matus e Ignacio Echavarría
exégetas de la verdadera belleza

(Este trabajo está elaborado sobre la 3ra edición de “La novela luminosa”,
Edit. Alfaguara, 2005, Ediciones Santillana, S.A., Montevideo.)

1 / OPERACIONES

Empiezo a entamar este trabajo sobre “La novela luminosa” de Mario Levrero el domingo 13 de enero de 2013 porque el martes pasado me descubrieron un tumor en el riñón y me lo piensan operar el mes que viene.

Leí por primera vez lo que los editores consideran “una obra de inflexión en el canon uruguayo” entre julio y noviembre de 2012, y empecé a subrayarla y a anotarla recién en diciembre.

No pensaba que iba a tener necesidad de historiarla y diseccionarla tan rápido, pero el hecho de que Jorge (como llamábamos los amigos a Jorge Mario Varlotta Levrero) haya decidido desembucharla en el 84 por el pánico que le provocaba una inminencia quirúrgica, me obligó a obedecer a rajatabla la “señalización sincrónica”.

Yo también soy un “loco” que cree fervientemente en la “sagrada gravitación” de la fenomenología paranormal.

Y también soy un “místico” a quien una mirada femenina le hizo saber irreversiblemente, recién a los 25 años, que la Gracia de la PAX-LUX liberadora está más acá y más allá de todo poder de captación de la astucia racional, y que nos va a “elegir” siempre que uno “trabaje” y se “sacrifique” a lo Gregor Samsa para terminar comprendiendo que “el amor al horror” es el único acorralamiento capaz de redimirnos.

Dejo constancia, además, de que “La novela luminosa” se “empoderó” de mi invierno vacío porque una noche la localicé en la biblioteca de mi amigo Eduardo Nogareda, y le pregunté qué le había parecido mientras le presionaba las tapas en el estante sin animarme a sacarla del todo.

Eduardo me dijo con firmeza que a él le había gustado y hasta se ofreció a prestármela, pero le confesé que me daba miedo que no fuera lo que yo esperaba.

El último libro que había leído de Jorge fue “El discurso vacío” y me costó muchísimo llegar hasta el final de ese relevamiento del revire tortuoso de un neurótico, con muy pocos pasajes donde todavía brillaba el “daimon” de otros tiempos.

Y dos horas más tarde, después que terminamos de ensayar el espectáculo “Los palabristas”, sentí un empujón que me “encajaba” el libraco en la mano.

-Llevatela -murmuró Nogareda, y sentí que había “alguien más” que él imponiéndome la lectura.

2 / COSA

Mario Levrero empezó a ser “notorio” en el ámbito cultural por motivos más ideológicos que estéticos.

“Es muy probable que yo no sea recordado como escritor aunque por un buen tiempo figure en los análisis críticos de esta época, por causas que sospecho de emergencia, o escasez; pero estoy bien seguro de ser recordado durante un tiempo por quienes me conocieron, y que me recordarán nada más que por loco”, afirma rotundamente en la p. 461 de la NL: “En otras palabras: mi auténtica función social es la locura”.

Después veremos que esa “locura” refiere a su “capacidad de acceder a percepciones de la dimensión sublime o esencial de la existencia que provienen de la Gracia infusa por el Espíritu Santo”.

Y para la culturita de cielorraso que sigue reinando en el establishment posmoderno uruguayo eso significa, simplemente, “estar chapita”.

Y pocas páginas más adelante (495) Levrero confesará: “Kafka representó para mí algo así como un hermano mayor, que había llegado antes a una

visión del mundo parecida a la que yo estaba descubriendo; pero, sobre todo, me convenció de que no era necesario ‘escribir bien’.

Lo que él necesitaba era proyectar su creatividad reprimida desde la infancia, y eligió la literatura para investigar la “multidimensionalidad de la realidad” que lo aterraba, lo fascinaba y lo desequilibraba porque le prometía el apresamiento de una PAX-LUX salvadora del mundo.

Y cuando yo leí la novela “La ciudad” y el cuentario “La máquina de pensar en Gladys” publicados por la editorial Tierra Nueva en 1970, me di cuenta enseguida que ese hombre era genial, pero que tanto su “fraseo” como sus “estructuras” (las dimensiones de lo micro y lo macro que se deben “acoplar” milagrosamente para provocar la hipnosis estética) siempre iban a generar una literatura despereja y llena de obviedad retórica.

Él buscaba otra cosa.

O mucho mejor dicho (y utilizando la expresión a la que recurre Aldous Huxley en “La filosofía perenne” para definir el objetivo que “nuclea” desde siempre a toda cultura enraizada en la sacralidad del ser): él buscaba “la cosa”.

Pero sus primeros textos recibieron una especial atención por interés político.

3 / DECISIÓN

Retomo la escritura de este libro recién el miércoles 27 de marzo, en plena Semana Santa.

El 25 de febrero me extirparon un gigantesco “carcinoma renal de células claras” (nombre innegablemente poético) o “hipernefroma”, y apenas salí de la anestesia hice un laringoespasma y sentí que me “iba” y que “quería irme” de este infierno tan querido.

Después empecé a rezar mentalmente una torrentada de Avemárias y Padrenuestros y enseguida vi emerger rostros (aunque la mayoría eran “nombres” de personas amadas desde la infancia o incrustadas con valor decisorio en mi vida por la Providencia) como siempre escuché contar que le pasa a la gente rescatada mientras se está hundiendo en una playa, por ejemplo.

Pero todavía no sabía si quería “volver” a la dimensión “terrestre” -donde lo único que amo más que a mí mismo son las deflagraciones de un “reino inasible que existe pero no reina” en este coágulo con corazón de fuego- y mi terapeuta está de acuerdo en que mi edad psíquica no debe sobrepasar los 46 años, a pesar de que en abril festeje los 65.

Sufro, como le pasaba a Levrero, la edípica y narcisista condenación de arrastrar una “adolescencia retardada” (pág. 473 de la NL), y mi “niño profundo” se sigue escalofriando frente a la “obligación moral” que representa el “aparaisarse” (jitanjáfora acuñada por el genial Juan Cunha) “en la frutalidad de una completud adulta”.

Pág. 413 de la NL: “Es justamente esa odiosa parte mía que me ha venido gobernando desde hace demasiado tiempo, y es hora de dar un golpe de Estado en mi estructura psíquica y poner al mando a un ser razonable”.

Durante mi asfixiante “fuga” postoperatoria estuve en todo momento hondísimamente lúcido, y después de rezar canté palabra por palabra la última canción que compuse antes de enfermarme hasta que pedí ayuda 3 veces y (como le sucedió Elisabeth Kübler-Ross en uno de sus agonías inducidas) “no me fue concedida”.

Quedé completamente abandonado y de golpe vi la palabra FE escrita con dos mayúsculas y decidí volver a batallar contra la “única, eterna madrugada” (NL, 430) en la que vivió Levrero hasta que parió su heroica liberación narrativa.

Demás está decir que si yo hubiese muerto durante el laringoespasmo nadie hubiese sabido jamás que fue por decisión de mi libre albedrío.

4 / RARO

En 1969 Ángel Rama, que ya había editado tres años antes la caprichosísima antología “Cien años de raros”, decide inventar la “Generación del 69”, agrupando las muy disímiles obras de Jorge Onetti, Mercedes Rein, Cristina Peri Rossi, Teresa Porzecanski y Mario Levrero.

Y en una nota publicada en 1984 a propósito de la aparición póstuma de “La ciudad letrada”, Jorge Ruffinelli deja la alevosa constancia de que “esta fecha fue elegida significativamente” por la “toma de Pando”, refiriéndose enseguida al “advenimiento de la ‘generación de la acción’ que en la literatura y las artes correspondería a nuevos contingentes y nuevas formas de expresión aun no asentadas, explorándose todavía”.

Lo triste es que no deja de ser gracioso.

Yo entendí para siempre que el reinventor de la pólvora del “rarismo” dariano no iba a pasar nunca de ser un interesante pavorreal enjaulado y con pánico al verdadero “vuelo”, cuando compré, a los 17 años, la segunda edición de “El pozo”.

Y terminé por denunciar en mis confesiones, cuatro décadas más tarde: “¿Cómo podía Ángel Rama, en la contratapa de la joya continental que él mismo estaba desenterrando y exhibiendo con vanidad de ‘pioneer’, decir que ‘El pozo’ era un texto ‘irremisiblemente ingenuo y equivocado’, pero ‘lleno de vida y de arte’?”.

Los sociologistas, Walt Whitman, los sociologistas.

Una vez Levrero me contó, con más lástima que diversión, que al conocer el manuscrito de “París” Ruffinelli le sugirió que cambiara los “trescientos siglos” del viaje del personaje por “trescientos años”, para hacerlo más “verosímil”.

Su intromisión en mi vida, en cambio, se redujo a ofrecerme un espacio fijo en la página cultural de “Marcha” si me pasaba del Partido Comunista al brazo electoralista del MLN.

Y en los 90 el pobre Levrero, que siempre odió los clisés estéticos, tuvo que fingir una mansa condescendencia cuando a Pablo Rocca se le ocurrió etiquetarlo inocuamente como un “realista introspectivo”.

Ya no quedaban popes enlentejuelados ni garrapatas de la guerrilla.

Y para colmo un joven aprendiz de escritor y crítico pos-posmoderno lo terminó acusando con lipovetskyana histeria relativista: “¿O quizá nos está señalando M.L. (o quien demonios sea) que el ‘yo’ es esencialmente un manojo de ‘otros’?”

5 / CRUZ

Acabo de compartir en mi muro del facebook una bellísima “Pietà” del cementerio de Bonaria donde la Virgen aparece sosteniendo y a la vez “levantando” el cuerpo de su Hijo, y enseguida sentí la necesidad de agregarle un lapidario comentario adjunto: “Hasta ahora mi vida siempre ha sido esto. Y hoy es viernes santo”.

Después la colgué en el muro de Bénédictte Froissart, la dueña de la mirada que me cambió la vida en París en 1973, aunque al pie de la imagen sólo puse: “Voilà”.

Levrero perdió el contacto con la “Ella” que lo sumergió irreversiblemente en el resplandor de la divinidad mientras repartía diarios, pero yo localicé a mi Beatrice en Montréal después de 38 años de silencio y encontré su “muchachez” (Onetti dixit) inundada por la Gracia intemporal de siempre.

Ahora Bénédictte (que nunca fue mi pareja) me llama su “poeta del fin del mundo” y acepta pacientísimamente que yo sea su Alighieri.

Y sé que no me considera un “exótico loco conmovedor”, con una sonrisa perdonavidas.

Los próximos martes 2 y 9 de abril me practican un centellograma óseo y una nueva tomografía para saber si hay metástasis, y no me hago el campeón cuando digo que el resultado de esos exámenes no es lo que verdaderamente importa.

Ahora lo único que me interesa es una “sobrevida” que me permita instalar en este libro la ESPESURA DE VITRAL que se respira en “Primera comunión”, el relato “coronador” de “La novela luminosa”.

Sé por fuentes muy confiables que Levrero, después de cumplir con su evangélica peregrinación novelesca (un opus póstumo donde logró “poner todo en orden”) padecía de una cardiopatía inoperable (aunque por las dudas dejó una constancia escrita prohibiendo que se lo interviniese quirúrgicamente) y “sabía con total certeza que iba a morir muy pronto”.

Juan Carlos Macedo: “Oh las opacidades frutales del poniente”.

Recién anoche supe que mi “Hombre muerto comulgando” debía desarrollarse a lo largo de 40 capítulos de 30 líneas.

Ya hace casi dos décadas que “sueño” de antemano y después boceto en casilleros simétricos las estructuras de mis “nouvelles”.

Esta vez, sin embargo, debo dejarme guiar por la “pietà” verticalizadora de mi “numen” y la imprevisible magia telepática que siempre entrelazó mi vida con la de Jorge.

No puedo recordar cómo me las arreglé para conseguir un ejemplar de “París”, novela de mediano aliento (más que “nouvelle”) escrita por Levrero en 1970 y recién publicada en el 79, que actualmente es considerada como la última pieza de la “Trilogía Involuntaria” junto a “La ciudad” y “El lugar”.

En 1981 Saúl Ibargoyen me pidió, desde el exilio, colaboraciones para el diario mexicano “Excelsior” y la revista “Plural”, en la que “militó” durante años como Jefe de Redacción, irradiando incansablemente su talento creativo y crítico y su “generosidad incondicional” congénitos.

Pude mandar entrevistas, muestras poéticas o artículos extensos (los dos más importantes fueron “Manuel Espínola Gómez y el polifocalismo”, elaborado a propósito de la histórica retrospectiva con la que se inauguró Galería Latina, y “Algo más sobre Onetti”, cuando el Borbón coronó al endémicamente ninguneado Periquito el Aguador con el Premio Cervantes) comentar libros o discos del Canto Popu (que estaba en pleno apogeo) y además era insólito que me pagaran en dólares por generar “resistencia difusoria”.

A mí “La ciudad” había logrado hipnotizarme nada más que con la aparición del músico Giménez, pero “París” me tenía intrigado desde hacía años, cuando “Marcha” adelantó un capítulo donde el protagonista lograba “volar” agónicamente sobre aquella intemperie que se vienen disputando, desde la alta Edad Media, Notre Dame y el Maligno.

Yo había rodado 20 meses, entre el 73 y el 74, emborrachándome con miel de avispa en aquel “axis mundo” estragado noóticamente por la modernidad existencialista, y en el 81 estaba peleando a pecho partido con la parición de “Creer o reventar”, mi novelón testigo de la “transfiguración heroica”.

Y realmente me sobraba compulsión para suscribir el alarido que vomitaría Jorge muchos años después: “Esto no es una novela, carajo. Me estoy jugando la vida”.

Había leído en un reportaje, además, que “París” fue escrita como “América”: sin necesidad de embarrarse “in situ” con el asentamiento geográfico de la desgracia.

Entonces decidí hacer una nota sobre la novela editada en Buenos Aires sin intuir que era un empuje telepático lo que me estaba enganchando de por vida con su sufridismo autor.

7 / AMISTAD

“París” me conmovió compactamente.

“El lugar”, en cambio (que leí recién en el 83 en la mega revista “El péndulo”, cuando Tarik Carson me llevó a conocer a Marcial Souto en Buenos Aires) sólo me hizo penetrar en la Más Dimensión durante una escena que me “inundó” con la Gracia del “ánima” ineludiblemente perseguida por la sequedad del alter-ego narrador, que sin embargo nunca logra perforar del todo su cielorraso tridimensional.

-Lo que pasa es que eso te gusta porque le conviene a tu religiosidad -casi se enojó Levrero cuando se lo comenté en el apartamento de la calle Soriano donde ya lo visitaba regularmente después que nos hicimos muy amigos.

(Aprovecho para señalar que al narrador y editor Marcial Souto le corresponde la más perfecta definición genérica que se ha hecho del autor de “La novela luminosa” a la hora en que la crítica “patotera” -como él solía llamarla- se preocupa nada más que por los encasillamientos: “Mario Levrero es un escritor realista que vive en otro mundo”).

“Voilà la verité”.

Tarik Carson, por su parte -que se vio mucho con Jorge durante la larga radicación bonaerense donde fue concebido el “Diario de un canalla” y “La

banda del ciempiés”- es otro maestro inclasificable que para colmo llegó a ser emparaguado por el rótulo de “cienciaficccionista”.

Tampoco puedo recordar si el día que nos conocimos personalmente con mi siamés místico en el legendario local de Arca (Andes 1118) él había leído mi nota bibliográfica.

En aquella época el buen Beto Oreggioni ya estaba casi transformado en un perfecto Larsen al frente de una empresa donde hacíamos años de cola para publicar algo “que nos habían pedido” (como pasó con mi “Morir con Aparicio”, que se agotó en tres meses y no fue reeditado porque el desexilio de Benedetti y Galeano, que firmaban contrato imponiendo 5 y 4 títulos por año, respectivamente, generaba una ganancia más segura) y donde “Caza de conejos”, armado y todo, nunca llegó a imprimirse.

Lo que recuerdo es que cuando vi la sonrisa del hombrón calvo que tenía un lipoma grande como una bolita de las que los botijas llaman bochones sobre la calva, supe que había encontrado una amistad “sin tiempo”, para hablarlo en Paco Espínola.

Con Onetti me había pasado lo mismo en la Intendencia a fines de los 60, aunque Juan manifestaba su cariño torciendo apenas una trompa mansa.

8 / MURACIÓN

Hoy estuve más de dos horas rezando mentalmente en una camilla mientras me escaneaban el esqueleto para rastrear posibles metástasis del “carcinoma renal de células claras”, y me acordé muchísimo de Levrero y de J.D. Salinger, nuestro “staretz” común.

Aclaro que fue recién leyendo la NL que supe que Jorge admiraba tanto al inventor de la familia Glass, porque en los años 80 no recuerdo que lo nombráramos.

Y cuando Pablo Silva Olazábal me regaló la reciente reedición chilena de sus “Conversaciones con Mario Levrero”, me encontré de repente con este párrafo invasivo como un centellograma: “Lo último que leí que me produjo una impresión tremenda, como pocas cosas en los últimos años, es ‘Franny y Zooey’, un libro de Salinger. Ahí ves claramente lo que es un texto vivo, un texto inspirado, a pesar de un comienzo convencional y que tropieza un poco, no sé si por la traducción”.

El “Epílogo” del “Diario” de la NL está epigrafiado, además, por una cita de “Seymour: una introducción”, lo que no me llamó la atención porque a lo largo de este “voyage au bout de la neurosis” se respira la asfixiada obsesión “de hacerle ver al lector todas las estrellas” posibles que caracterizó a ese verdadero “santo enfermo” (capaz de comparar su “túnel sin salida” con los de Kierkegaard, Van Gogh y Kafka) que fue el gran J.D.

Yo vengo leyendo “Franny y Zooey” (en traducciones cada vez peores) desde los 20 años, y en aquella época encontrar un narrador contemporáneo “místico” era un verdadero escándalo.

Y hoy mi hija me acompañó al sanatorio y me contó que había encontrado en Internet una historia sobre un conejo que vio resucitar a Jesús y se puso a pintar y a regalarle huevos de colores a los amigos porque no sabía hablar.

Mi nieta Emilia, que tiene 4 años y medio, quedó encantada con ese supuesto origen del chocolate pascual y al rato comentó sonriendo:

-Pero la “muración” de Jesús duró poco, porque el domingo ya resucitó.

Recién estuve a punto de ponerme a llorar de devoción.

Y creo que tanto Álvaro Matus como Ignacio Echevarría, los autores de los dos hermosos artículos anexos incluidos en el libro de Silva Olazábal, se van a deslumbrar con este evangelio apócrifo digno de la inventiva de J.D. Salinger y Mario Levrero.

¿Cuántos críticos capaces de emocionarse con la “cosa” existirán en el Uruguay?

9 / POBREZA

En el local de Arca donde nos conocimos había algunos moscones intelectuales, y al rato Jorge me invitó a acompañarlo al laberíntico apartamento de la calle Soriano.

En la NL consta que su función de “psicomago” (la definición es mía) “capaz de abrigar y sosegar al prójimo” con una locura absolutamente desinteresada fue siempre agendada en consultas “personales”.

Nos quedamos charlando hasta que hubo que prender la lamparita que colgaba sobre el desamparo de la pieza delantera, y estoy seguro que los dos sentimos que hacía por lo menos trescientos siglos que éramos amigos.

En una de las paredes también colgaba, como un cuadro-reliquia, el sobre de papel de manila donde Jorge recibió el ejemplar de su primera traducción al francés: “Laberynthes en eau trouble, Bruselas, Editions Recto-Verso, 1977”.

Pero lo que flotaba en aquella pieza sólo podría ser “perfectamente” descrito con algunos fragmentos de un texto de Pessoa:

“(…) Y todo esto muy grande, muy eterno, definitivo para siempre, de la estatura única de Dios, allá en el fondo triste y somnoliento de la realidad última de las cosas... (…) De un padre sé el nombre; me han dicho que se llama Dios, pero el nombre no me da idea de nada. (...) ¿Cuándo se terminará todo esto, estas calles por las que arrastro mi miseria, y estos escalones donde encojo mi frío y siento las manos de la noche entre mis harapos? (...) Y de todo esto apenas quedo yo, un pobre niño abandonado... Tengo mucho frío. Estoy tan cansado en mi abandono. Ve a buscar, oh Viento, a mi Madre. Llévame por la Noche a la casa que no he

conocido... Vuelve a darme, oh Silencio, mi alma y mi cuna y la canción con que dormía”.

Tanto Santa Teresa de Jesús (la Patrona-musa de Levrero, según se explicita en la NL) como San Juan de la Cruz, definían a la “pobreza de espíritu” como el “no conformarse con menos de Dios”.

Y eso era lo que nos pasaba a los dos, desde siempre.

Aquella tarde-noche le hablé eufóricamente a Jorge sobre su “París” y sobre mi novela en construcción y antes de irme tuve el premio de conocer a su preciosa compañera.

En la NL él la llama ZZ y ella es el “lucero” que proyecta su misterio guardián sobre este libro-centellograma que pretende esclarecer esqueletariamente a mi amigo psicomago.

10 / ZZ

Repito que ZZ era una muchacha realmente preciosa en cuerpo y alma, y a propósito de su aparición en la NL me interesa reproducir un fragmento de la nota que publicó Elvio E. Gandolfo en “El País Cultural” N° 828, el 16 de septiembre de 2005.

“(…) El órgano más poderoso de Levrero suele ser el cerebro. Como él mismo define: ‘la mente es como una dentadura que necesita masticar todo el tiempo’. En esa masticación termina por descubrir lo inesperado. Lo hace cuando elige ‘visitar con la mente mi viejo apartamento de la calle Soriano, y apenas había comenzado a visualizar algunas habitaciones, apareció ZZ (una joven compañera de hace algunos años). La tenía casi completamente borrada, de modo muy sospechoso.’ Lo que sigue es la inolvidable descripción, única y breve, del modo en que esa mujer atendía al personaje, convaleciente de una operación de vesícula, sirviéndole el desayuno con ‘un bailecito acrobático (...) una extraña danza, maravillosa, que soy incapaz de describir.’ La bandeja entera parecía a punto de irse al

demonio, pero la joven dama la ‘depositaba gentilmente (...) sobre mis piernas’. A la mente masticadora le cuesta aceptar esa felicidad a secas, sin agregados, y la atribuye al Inconsciente. La muchacha recibe además una doble ZZ como nombre, quizás por relegamiento al final del alfabeto por parte del Superyó. Su poética pirueta es un momento luminoso que logra ser expresado plenamente”.

Gandolfo se veía mucho con Jorge desde fines de los 60, y me parece imposible que no supiera que su “tan amigo”, al enterarse que tenía que operarse de la vesícula, se zambullera zozobrantemente en la escritura de una novela donde trataría de “demostrar la existencia de Dios”.

Eso no figura textualmente en la NL, pero yo se lo escuché decir una tarde con un tono más deseoso que desafiante.

Y con el tiempo fui sabiendo que la trama se basaría en experiencias perceptivas excepcionales que venía acumulando desde hacía tiempo y en geometrías espirituales vividas en su actual relación con ZZ, con quien en ese momento proyectaba casarse.

Pero sobre lo que se termina extrayendo del “totum” de la nota de Gandolfo volveré a referirme más adelante.

Ahora tengo que instalarme en el mismísimo “Prefacio histórico de La novela luminosa”.

11 / Deber

Fragmentos del *Prefacio histórico* de la NL:

No estoy seguro de cuál fue exactamente el origen, el impulso inicial que me llevó a intentar la novela luminosa, aunque el principio del primer capítulo dice expresamente que ese impulso procede de una imagen obsesiva, y la imagen es suficientemente explícita como para que el lector pueda creer en esa declaración inicial.

(...) Yo había narrado a este amigo una experiencia personal que para mí había sido de gran trascendencia, y le explicaba lo difícil que me resultaría hacer con ella un relato. De acuerdo con mi teoría, ciertas experiencias extraordinarias no pueden ser narradas sin que desnaturalicen; es imposible llevarlas al papel. Mi amigo había insistido en que si la escribía tal como yo se la había contado esa noche, tendría un hermoso relato; y que no sólo podría escribirlo, sino que escribirlo era mi deber.

En realidad, estas dos imágenes no son contrapuestas, e incluso están autorizadas por una lectura atenta de las primeras líneas de ese primer capítulo, lectura atenta que acabo de realizar ahora, antes de comenzar este párrafo.

(...) Allí hablo de la imagen obsesiva, que se refiere a una disposición especial de los elementos necesarios para la escritura, y más adelante hablo de un deseo paralelo, como cosa distinta, de escribir sobre ciertas experiencias que catalogo como “luminosas”.

(...) Pero no hay ninguna mención de mi amigo, y eso me parece injusto - por más que ya no sea mi amigo y que, según me han contado, anda por el mundo hablando pestes de mí-. Es muy probable que en aquel momento hubiera olvidado por completo la recomendación, autorización o imposición del amigo y estuviera realmente convencido de que era mi deseo escribir esta historia.

(...) Aunque, desde luego, el deseo era preexistente, ya que por algún motivo le había contado a mi amigo aquello que le había contado; tal vez supiera de un modo secreto y sutil que mi amigo buscaría la forma de obligarme a hacer lo que yo creía imposible. Lo creía imposible y lo sigo creyendo imposible.

(...) Tal vez mi amigo tuviera razón, pero para mí las cosas nunca son simples.

(...) Yo tenía razón: la tarea era y es imposible. Hay cosas que no se pueden narrar. Todo este libro es el testimonio de un gran fracaso.

12 / Arquitectura

Leí el *Prefacio histórico de La novela luminosa* (del que voy a seguir citando fragmentos imprescindibles) la misma noche que vine de ensayar *Los palabristas* en la casa de Nogareda, y quedé shockeado por aquel carambolazo divino organizado imprevisiblemente, como siempre, por el universo.

El amigo -considerado ya *no amigo* en el momento de completarse la escritura de la supuestamente *fracasada* NL- que había impulsado a Jorge a pegarle palazos a la piñata de lo imposible a lo largo de casi 20 años era yo.

Me refugio en dos citas de Vallejo para situar al lector en el acalambamiento abismal que me produjo aquello.

(...) ¡Tristes son las astillas que le entran / a uno, / exactamente ahí precisamente!

(...) es natural, por lo demás ¡qué hacer! / ¿Y qué dejar de hacer, que es lo peor?

Yo había dejado de ver a Jorge cuando se fue a Buenos Aires y después supe que vivía en Colonia, pero siempre conservé un recuerdo muy luminoso de nuestra amistad.

En 1991 la editorial Belfond parisina co-produjo, junto con la UNESCO, una lujosa *Anthologie de la nouvelle latino-américaine* realizada por el poeta paraguayo Rubén Bareiro-Saguier y nuestro compatriota Olver Gilberto de León, catedrático de La Sorbonne e invaluable gestor y difusor, a partir de los 80, de lo que pudo llamarse *la cultura del posboom latinoamericano*.

Pero pasado el acorralamiento que nos unificó conmovedoramente (y lo digo sin ironía) durante el fascismo, la inmensa mayoría de nuestros intelectuales demostró que no tenía el menor interés en proyectar una *cuajadura identitaria* con alcance continental.

En la antología co-producida por Belfond y UNESCO el Uruguay estaba representado por Fernando Ainsa, Matilde Bianchi, Tarik Carson, Mario Levrero y un servidor.

Y ya cerca de 2000 mi agente me encargó la búsqueda de algunos relatos que integrarían el segundo tomo de *Menaces / Anthologie de la nouvelle noire et policière latino-américaine* (publicado por L'Atalante publicado en el 93 con muchísimo éxito) y enseguida conseguí el nuevo teléfono de Jorge en Montevideo y primero se alegró sinceramente cuando le conté que me había hecho una terapia junguiana y después ladró que no pensaba cederle los derechos de ningún texto suyo a un editor ladrón.

Pero en ningún momento tuve la sensación de que ya no me considerase su amigo.

13 / Toponomizar

El centellograma que me hicieron el martes 2 de abril delató dos posibles metástasis: una lumbar y otra en una costilla.

Ahora hay que “toponimizar” (otra hermosa recurrencia del discurso científico a la *poiesis* metafórica) con total precisión la cualidad de las *manchas*, que podrían ser artrósicas o degenerativas y no necesariamente cancerígenas, aunque la chance es poca.

Ayer tuvieron que posponerme una tomografía contrastante por un error administrativo y terminé soñando voladoramente con el *desafío esencial* que me propone este libro: *toponimizar con total precisión* el desarrollo del proceso salvífico que hizo zafar a mi *amigo* de la *única, eterna madrugada* en la que quedó cadaverizado después que lo operaron de la vesícula.

Estoy seguro de que la única y última vez que nos vimos con Jorge fue en noviembre de 2000 en una librería de Pocitos donde se inauguraba una exposición de su *anciana amiga* Georgette (así es como él la cita, con grosera irritación, en la pág. 388 de la NL, a propósito de una llamada que ella le hizo desde París cuando murió Tola Invernizzi).

Yo acababa de conocer a esta excelente plástica devota de mi maestro Manuel Espínola Gómez, y no tenía cómo saber que Levrero estaba lidiando atascadamente con el cumplimiento del proyecto que le financió la Guggenheim Foundation.

Lo noté más ceroso que seboso, y después de un rato fui a saludarlo y siguió fingiendo no conocerme.

-Ah, sos vos -terminó por roncar concediéndome una mano que parecía literalmente embalsamada, y de golpe murmuró: -Estás más lindo.

Y no es raro que después de 15 años de distanciamiento haya podido captar tan al vuelo el resplandor emergente de mi terapia junguiana, porque los videntes son así.

Lo cierto es que ahí pudo haber habido otro carambolazo divino, si tomamos en cuenta que en el prólogo de la NL aparece anotado el sábado 2 de diciembre:

Releí las poquitas páginas que había escrito en enero de este año, las que podrían ser el comienzo de mi proyecto, a saber la segunda parte de la “novela luminosa”. No están mal.

¿Habría sido nuestro forzadísimo reencuentro lo que lo motivó a reengancharse con el cumplimiento de su *deber*?

14 / Peste

Pero todavía queda por resolver la tajante y difusamente histérica afirmación que hace Jorge en el prefacio a propósito de nuestro distanciamiento afectivo.

Me pasé semanas pensando de dónde carajo podría haberle llegado la infame información de que yo andaba por el mundo hablando *pestes* sobre él, hasta que al llegar a la página 298 de la NL encontré esta descripción de una *antigua amiga* identificada como T: *Por alguna clase de locura particular, en cierto momento se dedicó a propalar vertiginosamente todo tipo de chismes, y todos sus conocidos terminamos poco menos que peleados todos con todos; chismes elegidos con especial malignidad y no siempre basados en la realidad de los hechos aunque sí siempre con algún hecho real, por lo general distorsionado, como punto de partida. (...) Del mismo modo me llegaban versiones intolerables de mí mismo forjadas por X, Y y Z, siempre bajo la visión distorsionada de T, de modo que nuestra pequeña familia de amigos había comenzado a sufrir una serie de conmociones incomprensibles -porque no siempre se sabía que había mediado T; a menudo la víctima de la calumnia se limitaba a interrumpir las relaciones y guardar un ofendido silencio, y no me fue fácil ir desenredando la madeja hasta encontrar la causa.*

Entonces recordé que mientras Jorge vivía en Buenos Aires una de sus *antiguas amigas* -no muy veterana pero sí muy loca- me localizó para pedirme un ensayito sobre el canto popu que yo había escrito a principios de los 80 y charlamos largamente en un boliche de la Plaza Independencia.

Esa noche se me ocurrió comparar el aislamiento selectivo de Levrero con el que practicaba Onetti, a quien siempre había que *ir a ver* y muchas veces -cuando la orfandad edípica lo privaba de todo tipo de ilusión o consuelo religioso- *idolatrar*.

Y aunque la pestosa del caso no fuera T, debe haberme *embarrado* con el estilo de ella.

En la página 168 de la NL Jorge acusa rabiosamente a su caótico *diario prologal* de no ser nada más que un *monólogo narcisista* que atenta contra su proyecto. Y si bien en la 170 se propone *no rechazarlo como patología pura*, porque *donde no hay narcisismo, no hay arte posible, ni artista*, mi apreciación -tergiversada por la Mrs. Macbeth de turno- debe haberle caído horrible.

Las psicóticas revoloteadoras de adolescentes retardados no descansan jamás.

15 / Chucho

Ya cité algunos párrafos de la laboriosa nota que publicó Elvio E. Gandolfo en 2005 sobre la NL, en *El País Cultural* N° 828.

Para mí, que ya hace muchos años que ni miro las llamadas *páginas literarias* de nuestra prensa, la aparentemente *casual* lectura de aquella especie de obituario crítico fue fatídica.

Yo ya había entreabierto con avidez el tan esperado testamento de Levrero en una librería, y hasta le juné las secciones de la estrambótica estructura y le sonreí convexamente (para hablarlo en Paco Espínola) a la hermosa foto de la solapa, sintiendo (implosión estomacal mediante) que mi amigo me estaba *saludando*.

La foto irradia esa especie de terciopelo soñador que baña los poemas de Eluard, por ejemplo.

Y no estoy seguro de haber postergado la compra del novelón porque saliera caro y uno haya vivido siempre aceptando (y no en forma de *voto* monacal sino más bien por indolencia constitutiva, como le pasó a mi siamés místico) ser un eterno pobre.

Ahora estoy convencido de que ya en ese primer momento me atacó el chucho de *no encontrar lo que estaba profetizado*.

(Lo terrible es que en cualquier momento y a cualquier edad uno puede transformarse en uno de esos hurgadores con poca fe a los que nos divierte despreciar pedantemente cuando nos estraga el síndrome del *sabiondo resentido*.)

Gandolfo hizo una disección tan ampulosa y al mismo tiempo desconcertante de la NL, que a mi juicio termina por convencer subliminalmente al posible lector de que en realidad *no le conviene demasiado* invertir tiempo, paciencia y plata en esta obra *impar, monumental y ágil* de su queridísimo cofrade.

Y no tengo más remedio que reconocer, tan humillada como avergonzadamente, que a mí logró hacerme entrever, incluso (y aquí radica el clic) que aquella megavaloración del texto se debía más a la *grandeza de alma* del crítico que al milagro logrado por un autor que supo alquimizar su petrificación neurótica y transfigurarse en un *hombre muerto comulgando*.

Si habrá sido fuerte el embrujo, que pasaron 7 años antes de que Eduardo Nogareda tuviera que incrustar compulsivamente el libraco sobre mi mano escéptica.

16 / Sincronías

Leí la NL durante el invierno y la primavera de 2012, cuando una insoportable *angustia de muerte* me obligó a retomar la terapia regular después de dos décadas.

Ya llevaba más de un año viviendo solo en mi cuartelito artiguista de la calle Lepanto, y un inesperadísimo disgusto familiar me hizo sentir un toro arrastrado mortalmente por la arena del mundo.

Debe haber sido en ese momento que empecé a psicosomatizar el tumorazo que me localizaron *casualmente* (acababan de detectarme un nódulo folicular tiroideo benigno y me pidieron una tomografía de cuello y tórax y sólo Dios sabrá por qué al médico se le ocurrió rastrear de golpe el resto del cuerpo) el 8 de enero.

Ya en el primer capítulo de *Hombre muerto comulgando* dejé constancia de que me zambullí en este *centellograma estético* 5 días después, obedeciendo a una *señalización* que a esta altura me sincronizaba *demasiado* con el Levrero que se decidió a parir prematuramente el libro de su vida antes de una cirugía.

Pág. 436 de la NL: *Se ha fugado de mí el espíritu travieso, alma en pena, demonio familiar o como quiera llamársele, que hacía el trabajo en mi lugar. Estoy a solas con mi deber y mi deseo. A solas, compruebo que no soy literato, ni escritor, ni escribidor ni nada. Simultáneamente, necesito dentadura postiza, dos nuevos pares de lentes (para cerca y lejos) y operarme de la vesícula. Y dejar de fumar, por el enfisema. Es probable que el **daimon** se haya mudado a un domicilio más nuevo y confiable. La*

vida no ha comenzado, para mí, a los 40. Tampoco ha terminado. Estoy bastante tranquilo, por momentos -escasos- soy feliz, no creo en nada y estoy dominado por una muy sospechosa indiferencia hacia casi todas, o todas, las cosas.

Los dos padres y el abuelo de mi terapeuta (a quien desde ahora en adelante identificaré como T) fueron *artistas* de primerísimo nivel (lo que a él le ha complicado y le seguirá complicando la vida inevitablemente) y yo estoy acostumbrado a tratar esa temática con pinzas, pero ya en la segunda sesión no me pude aguantar de comentarle que me había metido en el túnel de un libro uruguayo tan asfixiante como removedor.

-Ah, Jorge. Él fue paciente mío durante un tiempito, poco antes de morir -cabeceó T sorprendido cuando nombré *La novela luminosa* sin la menor expectativa de que pudiera conocerla. -Era un hombre con verdaderos poderes parapsicológicos.

17 / ¿Escéptico?

Reproduzco una pregunta y una respuesta del diálogo sostenido entre Álvaro Matus y Mario Levrero al comienzo de la entrevista-artículo publicada por el escritor chileno en la Revista UDP:

-¿No te defines como un escéptico?

-Por la edad, más bien cínico, pero escéptico no. Me definiría como un hombre religioso, aunque no practique una religión. Pienso que el universo tiene una cantidad enorme de dimensiones que aparentemente no

se notan, salvo que caigas en cierto tipo de experiencias que, al menos a mí, me han llevado a desembocar en un sentimiento religioso.

Acá es importantísimo añadir el segundo párrafo del primero de los cinco capítulos del proyecto primigenio (y epónimo del totum) que Jorge debió interrumpir durante 16 años en los que trató de *construir un retorno al paraíso por la puerta de atrás*, para hablarlo en C.G. Jung.

Pág. 435: *La novela luminosa, en cambio, no puede ser una novela; no tengo forma de transmutar los hechos reales de modo tal que se hagan "literatura", ni tampoco logro liberarlos de una serie de pensamientos - más que filosofía- que se les asocia en forma inevitable. ¿Tendrá que ser, pues, un ensayo? Me resisto a la idea (me resisto a la idea de escribir un ensayo, y al mismo tiempo, quise decir tal vez, inconscientemente, que me resisto a la idea, a las ideas -y muy especialmente a la posibilidad de ideas como impulsoras de literatura).*

Lo que denuncia con total claridad el *miedo* que le producía al Levbrero de principios de los 80, exhibir en público su religiosidad.

La gente ya está meneando la cabeza a mi alrededor -abre el paraguas Buddy Glass, alter-ego de J.D. Salinger, en la introducción de Zooey- y si vuelvo a utilizar profesionalmente la palabra "Dios" en un futuro inmediato, no siendo como una sana y común expresión americana, ello será considerado -o más bien, confirmado- como la peor clase de presunción y un signo inequívoco de que voy derecho a mi perdición.

Y fue así.

Muy pocos años después del éxito del *Catcher*, la publicación de las cuatro nouvelles consideradas *místicas* por la *patota* decretaron la lapidación alevosa de J.D. Salinger.

18 / Bondad

La tomografía “toponimizadora” se pospuso para el sábado 13, y el médico que se apuró a informarme *enseguida* la buena nueva de que las manchas óseas no respondían a trasvases cancerígenos sino a viejas lesiones (generalmente el paciente tiene que esperar por lo menos un día para recoger ese tipo de exámenes) me hizo acordar a una sentencia muy significativa que aparece en el tramo final del prólogo-diario de la NL.

Pág. 391: *Cuando una persona es verdaderamente bondadosa, siempre encuentra el modo de alegrar el espíritu de los otros.*

Y Jorge Mario Levrero Varlotta era esa clase de hombre.

En mi caso, por ejemplo, me costó muchos años entender que en todo momento se *preocupó* por *cuidar* y *alentar* mi religiosidad naciente sin ningún tipo de proselitismo (y además escondiéndome que él había tomado la primera comunión a los 36 años).

Yo me había desasimilado del Partido Comunista a fines de los 70 pero nada más que por elementales razones de *negrura fascista intransitable*, y fue en esos años que la segunda lectura de *Kierkegaard y la filosofía existencial* de León Chestov me resolvió a desembarrar mi corazón de la angustia congénita y tratar de *volar en alteza de oscura fe*, para hablarlo en San Juan de la Cruz.

Y a Jorge le debo, nada menos, el consejo de que consiguiera *Psicología y religión* de C.G. Jung, donde aprendí el significado decisorio del 4, un número que yo venía persiguiendo desde la primera adolescencia en rituales muchos más litúrgicos que supersticiosos: la Trinidad más la Virgen o la Trinidad más el diablo.

Pero además mi amigo se atrevió a zamparme un verdadero cachetazo zen cuando me advirtió que un *tavarich* era capaz de traicionar a *cualquiera*, llegado el momento, en nombre de ese *deus absconditus* que es el Partido.

Y yo hasta me calenté y terminé reafiliándome en el 85, para escracharme (viaje a Moscú mediante) contra una de las desilusiones más discepolianas de mi vida.

Siempre supe, además, que los diarios que él salía a repartir gratuitamente en bicicleta en Piriápolis a las siete de la mañana (lo que le permitió, a los 25 años, *percibir el soplo eterno en la mirada de una muchacha como una señal salvífica capaz de desentelarañarle el narcisismo ciego*) eran nuestros pasquines prosoviéticos.

Pero mi *adolescente retardado* no quiso hacerle caso.

19 / Dante

Cuando Washington Benavides supo que éramos amigos con Levrero se interesó en publicarle algún libro inédito en Banda Oriental, y tuve el privilegio de pasarme una noche entera revisando *Todo el tiempo* (la llamada *segunda trilogía*, que se agrupa en un solo volumen) a pedido del autor.

Y me acuerdo perfectamente que ya muy entrada una mañana dominguera terminé de rayar los que consideraba *pasajes o giros retóricos corregibles* en aquel centenar de páginas (aunque Jorge nunca me dio la menor pelota al respecto, por supuesto) y al final anoté, bostezando como un hipopótamo: *Esto es maravilloso*.

Y al rato decidí quedarme sin dormir y me fui a CX 30 a avisarle al Bocha (en aquel momento el programa *Canto popular* estaba en pleno auge) que le había conseguido un material fuera de serie.

Todo el tiempo fue editado en 1982 (con una carátula realmente horrible) y Jorge pudo zafar de su atascamiento en Arca.

Supongo que la *segunda trilogía* debe haber circulado muy poco, al no estar incluida en la colección de alcance masivo *Lectores de la Banda Oriental*, pero por sobre todo porque aquellas historias eran tremendamente revulsivas para aspirar a la popularidad.

Lo importante es que en *Alice Springs* (la mejor de las tres nouvelles) aparece por primera vez la *magia luminosa* en la obra levreriana, apenas dos años antes (está fechada en el 74) de que el autor tomara su primera comunión.

Y allí el personaje del gigante infantiloides-retardado llamado Dante, por otra parte (un verdadero siamés de los *brutos* de Steinbeck y Onetti que son capaces de romper a cabezazos la pared racional de lo *imposible* con una *gratia* todopoderosa) es el profeta anunciador del *proyecto* que *persiguió* (para hablarlo en Cortázar) la posibilidad de hipnotizarnos y hacernos percibir la *dimensión sublime*.

Lamentablemente, en una reseña escrita hace pocos años a propósito de la reedición de *Todo el tiempo*, el *joven aprendiz de escritor y crítico posmoderno* R.S. sigue invalidando *todo intento de exégesis* de la obra de Levrero, a la que sitúa en un *área difusa que parece levantar múltiples barreras a la interpretación*.

Yo ya le dije a Pablo Silva Olázabal que es un error polemizar con los “*críticos*”, me advertiría Jorge en este momento, pálido por el asco: *Esos tipos calientan a cualquiera*.

20 / Mutilación

Pág. 456 de la NL: *Sólo en tu alma, muchacho, está el camino. Dale cuerda, dejá que se ponga en marcha, y que sea lo que Dios quiera. Lo sublime, la dimensión que no tenemos en cuenta, lo que nos falta no está en ninguna parte y puede estar en cualquiera; hoy aquí, mañana allá, pasado desapareció, dentro de veinte años reaparecerá, tal vez, o no; todo depende de la Gracia -y de cómo ande uno con uno mismo-. Una vez, quizá por azar, la Gracia me tocó en una Iglesia. Tenía treinta y seis años, y esa experiencia, que ya relataré en su oportunidad, hizo que comulgara por primera vez. Hasta a las iglesias puede llegar la mano de Dios.*

Este párrafo pertenece al CAPÍTULO SEGUNDO del texto que Jorge escribió en el 84, hasta que se trancó precisamente cuando *no se sintió capaz de relatar esa experiencia decisiva* durante la cual se sintió transfigurado por la Gracia.

Bueno, es muy sencillo. Lo que le pasó en ese momento fue que se desanimó -lo explicaría tajantemente T, nuestro común terapeuta.

Collage de fragmentos del Prefacio histórico:

(...) Es que yo también había de ser mutilado, y lo fui. La mayor parte de las acciones que formaban parte de las circunstancias en que me puse a escribir la novela luminosa, tenía que ver con mi entonces futura operación de vesícula. (...) En esos meses completé cuatro libros que venían siendo largamente postergados, mientras me lanzaba a la furiosa escritura de esos capítulos de la novela luminosa. (...) estuve cargando con esa novela trunca durante dieciséis años, y cada tanto me empeñaba en una nueva revisión que añadía o quitaba cosas. En el 2000 recibí una beca de la Fundación Guggenheim para realizar una corrección definitiva de esos cinco capítulos y escribir los nuevos capítulos necesarios para completarla. (...) Durante ese lapso, que fue de julio de 2000 a junio de 2001, sólo conseguí dar forma a un relato titulado “Primera comunión”, que quiso ser el sexto capítulo de la novela luminosa pero no lo logró (...) está lejos de completarla. También el prólogo, “Diario de la beca”, puede

considerarse una continuación de la novela luminosa, pero sólo desde el punto de vista temático.

Pero lo que yo estoy intentando demostrar en este *centellograma estético*, más acá o más allá de que Jorge haya calificado a su novelón como *el testimonio de un gran fracaso*, es que durante esta heroica liberación narrativa aprendió a *re-animarse*.

21 / Relectura

Vengo de pasar mi 65 cumpleaños en familia con manjares, velitas y un compacto cariño, aunque también mi hija (pediatra) acaba de informarme que el médico bondadoso que se apuró a descartar las posibles metástasis hizo una relectura ampliada de la tomografía y ahora duda del diagnóstico, por lo que mi hermano (cardiólogo) consiguió una hora urgente con una oncóloga.

Da la impresión de que la única manera de esclarecer un cuadro tan incierto es mandarme a hacer una resonancia magnética o un PET y en caso de que se confirme una todavía mínima diseminación cancerígena, atacarla enseguida con medicación.

Y en estos casos siempre recordamos a García Lorca aullando en Nueva York:

No es sueño la vida. ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta! (...) Pero no hay olvido, ni sueño: / carne viva. Los besos atan las bocas / en una maraña de venas recientes / y al que le duele su dolor le dolerá sin descanso / y al que teme la muerte la llevará sobre sus hombros.

Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño. / Este es el mundo, amigo, agonía, agonía.

Pág, 417 de la NL: *Y para colmo, no es cierto que esté cansado de vivir. Podría seguir llevando exactamente este tipo de vida que estoy llevando ahora todo el tiempo que el buen Señor me quisiera otorgar, incluso en forma indefinida. Si bien es cierto que algunas de mis conductas me molestan, también es cierto que no me esfuerzo mucho por combatirlas. En realidad soy feliz, estoy cómodo, estoy contento, aun dentro de cierta dominante depresiva.*

Y una página antes: *Tengo un gran problema con este diario; antes de dormir pensaba que por su estructura de novela ya tendría que estar terminado, pero su calidad de diario no me lo permite (...) tiene que haber algo, algo especial, un hecho que ilumine al lector sobre todo lo dicho anteriormente, algo que justifique la penosa lectura de esa cantidad de páginas acumuladas; un final, en suma.*

Y esa imprescindible *iluminación* provendrá de la inclusión final del relato “Primera Comunión”, que Jorge fue escribiendo a contrapelo del selvático prólogo titulado finalmente “Una única, eterna madrugada”.

La *completud adulta* se consuma cuando aprendemos a re-animarnos en total soledad y abandonados hasta por la mismísima mano de Dios, que *no actúa por nosotros*.

22 / Darno

Las valoraciones musicales de Levrero siempre fueron realmente lunáticas, pero su fanatismo masliahno era previsible y lógico.

El problema es que estábamos en la década dorada de nuestro canto popular y a Jorge no le interesaba *nadie más que Leo Masliah*, a quien yo no soporto congénitamente, como le pasaba a él con Beethoven.

Y lo peor es que me acusaba *de no haberlo escuchado con buena fe por prejuicios ideológicos* y un día prendió un cigarrillo y después de anotar la hora en una libretita para controlar mejor los altibajos de la pulsión tanática (aunque a mí nunca me dijo que tenía un enfisema) puso *Falta un vidrio* en el tocadiscos y me sonrió con simpatía de Testigo de Jehová.

Ya éramos muy amigos (al punto que llegué a confesarle mi preocupación por no haber podido *llorar de verdad* a mi padre, muerto en el 79, y él me explicó con devoción curativa cómo le funcionan los mezquinos mecanismos del *alivio* al edípico severo) y esa noche me concentré para ofrecerle una receptividad festiva al maldito long-play.

Lo peor es que el lipoma-bochón de Jorge resplandecía casi con beatitud mientras carcajeaba coreando los slogans corrosivos del clown que fue capaz de tomarse para la joda al mismísimo Silvio Rodríguez.

Pero mi amigo lo consideraba su *pan de cada día*.

Entonces decidí contratacar llevándole el *Zurcidor*, aunque ya en la tercera canción decidí sacar yo mismo la *luna negra* de la bandeja para no calentarme demasiado.

Me di cuenta que Jorge no captaba aquel *grano místico* (que le hacía tanta falta) por un emperramiento más fundamentalista que soberbio, y fue recién al año que me llamó para *rogarme* que no me perdiera el espectáculo que había estrenado el Darno en el Circular, con los temas de *Nieblas & Neblinas*.

Estaba conmovedoramente arrepentido.

En el 85 me reafilié al Partido y agarré tantas tareas juntas que no lo visité más y ni siquiera me enteré de que se había operado de la vesícula.

Y el día que alguien me comentó que el Darno llegó a cantar en el dormitorio de su apartamento para sosegarle la convalecencia, no fui capaz de intuir que la des-animación de Jorge iba a terminar haciéndolo cruzar muy pronto el Aqueronte.

23 / Cerebro

Pág. 165 de la NL: *Ni sombra del espíritu; ni sombra de imágenes; ni pensar en aflojarme en un relax, en encontrarme placenteramente como antaño conmigo mismo, sentir cómo “el espíritu de la mente” se liga al “espíritu del cuerpo y ya no pueden separarse” (Tao Te King). Aquel agradable calorcillo del **self**. (...) Gracias al señor Guggenheim, cuya generosidad me ha permitido emprender esta aventura, este intento de rescate. No era mi intención hacerlo, cuando solicité la beca; no sabía que estaba perdido. Recién ahora puedo darme cuenta de la magnitud del desastre. Que, como ya dije, no empezó ayer, ni hace cinco años, ni diez. De modo que tampoco, si hay curación posible, será esa curación para hoy, ni para mañana, ni para pasado mañana.*

Pág. 225: *El primero de diciembre, según he escrito en este diario y según me propuse de modo terminante e irrevocable, debo comenzar con el proyecto de la beca. (...) Me he transformado en un perfecto energúmeno. (...) No implica ponerse a teclear tantas horas por día sino que, como creo que ha quedado claro en estas páginas, significa sufrir un proceso psíquico que he denominado “retorno”. Y nunca estuve más lejos del retorno que en estos momentos. Pero lo voy a hacer. Hoy me di cuenta, cuando mi vista cayó azarosamente sobre un almanaque, de que el primero de diciembre es viernes. Día muy apropiado, porque el viernes es el día de Venus, pero también el día de la Virgen -el día de lo femenino trascendente-. Y mi proyecto apunta precisamente a eso; es, al menos, el primer tema que debo encarar, comenzando lo que sería el capítulo sexto de la “novela luminosa”.*

Hoy recibí un mail (extraordinariamente ilustrado con imágenes sobrepuestas) donde se revela que en 2010 los neuroanatomistas Suk y

Tamargo descubrieron, estudiando *La creación de Adán* de Michelangelo, una representación anatómica *perfecta y disimulada* del cerebro humano en la figura de la *divinidad que da la vida*.

Y justamente en la pág. 350 del prólogo-diario donde Levbrero (a una altura en la que el *relato resucitador* presentado al final del libro ya estaría avanzando *luminosamente*, por más que se nos esconda esa información para generar el efecto de *hondura de iceberg*) analiza un sueño donde la energía irradiada por el sexo de una mujer-ánima que está a punto de *tocar* el suyo le hace recordar el casi-contacto milagroso de la Capilla Sixtina.

Quiere decir que Michelangelo también creía en la carnalidad del logos inasible.

24 / Chl

Es recién en la página 359 de la NL que Levbrero reconoce la existencia de *líneas* que van formando *el cuerpo argumental* del elefantiásico prólogo-diario que pudo transformarse en un descartable caos solipsista, pero que terminó por proliferar como un *atrapante desembuchadero selvático de impronta barroca específicamente americana*, para hablarlo en José Lezama Lima.

Y una de esas líneas argumentales vertebradoras del *verdor no perecedero* lo constituye, en todo momento, la presencia de una muchacha cuyo nombre es abreviado como Chl.

Pág. 358: *Estuve buscando, para completar la historia del dedo de Dios y adyacencias, la fecha (...) ...de mi encuentro con Chl. (...) ...cuando buscaba ahora entre las cartas, abrí una al azar y encontré con fecha 5 de julio (del 98) justamente mi declaración de amor clara y concisa, y el origen del nombre "Chl": "... Seré breve, entonces: te amo, te deseo, me gustás, me impresionás terriblemente. Desplazaste mi punto de equilibrio y*

es probable que me hunda irremediablemente. Pero al menos ahora tengo una sonrisa. Muchas gracias, pequeña chica lista”.

Lamentabilísimamente, Elvio E. Gandolfo anota a propósito de este *vínculo milagroso* que reanimó al hombre muerto hasta hacerlo conquistar el vuelo sobrenatural que necesitaba para escribir con *fe* sobre su primera comunión:

En cambio la historia de amor central engancha y avanza a través de la relación esquiva y compleja con Chl, a quien se le otorgan todas las virtudes imaginables, pero con una condición aceptada a regañadientes: sexo no hay, aunque hubo (ese período feliz queda fuera de la escritura, después de El discurso vacío y antes de La novela luminosa). Allí avanza un romanticismo también compuesto de elementos contradictorios: una intensidad idolátrica digna del romanticismo alemán más clásico (la mujer inalcanzable y cercana a la vez), y una división postmoderna o moderna entre el sexo y el cariño. Con un componente sólidamente montevideano: Chl es una sistemática proveedora de kilos de milanesas o “guisotes”, que alimentan en el sentido básico de la palabra a nuestro protagonista.

Esto es como poner que los cocidos de mondongo veronés que le bajaba Julieta por el balcón a Romeo eran más succulentos que sus pechos.

25 / Reverso

Esta tarde la oncóloga no consideró *graves* a las pequeñas manchas *sospechosas de secundariedad cancerígena* pero resolvió que me hiciera un PET (o tomografía por emisión de positrones) para confirmar la posible patología metastásica y atacarla con medicamentos orales.

Si el nuevo examen tampoco aporta certidumbre, puncionarían las zonas invadidas por las salpicaduras de la desgracia.

Jung concebía la buena evolución de la psiquis como un *espiralamiento ascendente*, y desde el viernes pasado hasta hoy siento que yo cumplí 65 años pero mi *adolescente retardado* saltó de los 46 a los 56.

Estoy seguro de que a Jorge le hubiera encantado la autoaplicación de este *reverso lúdico* aunque en dirección opuesta, y que él debe haber muerto lleno de PAX-LUX a los 64, porque lo que se propuso durante toda la escritura martirológica de su libro capital, fue el *retorno al estado de Gracia* en el que vivió habitado por su *daimon mágico*.

Y cuando Jorge Mario Varlotta Levrero se sintió encephado por el pánico prequirúrgico y se abalanzó a escribir los cinco primeros capítulos de su propio Evangelio tenía exactamente 46.

No nos puede sorprender de ninguna manera, por supuesto, que uno de los subtítulos de la nota de Elvio E. Gandolfo sea *El retorno imposible*.

En este caso tampoco visualizó el *oro hondo*, pero por lo menos se basó en la enfermiza humildad del propio novelista cuando nos prepara para leer, en el prefacio de la NL, el *testimonio de un gran fracaso*.

Y no olvidemos que allí a Jorge lo traiciona la irrupción de su *Tinker* escondido (o el *putísimo Edipo resurgente*, como es calificado en la pág. 263) que nos tortura a todos.

Pág. 333 de la NL: *Hace algunos años me fascinaba experimentar con un espejito, para obtener los personajes imaginarios que surgían de la duplicación de cada hemisferio. Algunos resultados fueron espeluznantes, del tipo Dr. Jekyll y Mr. Hyde: un enano psicópata conviviendo con un pajarón bondadoso.*

Recuerdo que una vez vi un libro de Gandolfo dedicado a su *amigo del alma* donde lo apellidaba *Varlero*, y aquello me pareció algo más que una broma ingeniosa.

26 / Pájaros

La noche que Nogareda me empujó a leer la NL subrayando nada más que el recuerdo de una *paloma* que enigmatizaba el libro, tuve la sensación de que aquello no lo había *marcado* placenteramente.

Ahora entiendo.

La genialidad de Levrero reside, a partir de “Diario de un canalla”, señala brillantemente el escritor español Ignacio Echevarría, en aceptar y hacer verosímil que el Espíritu se le anuncie conforme a la más ortodoxa iconografía cristiana: en forma de pájaro. “Algo sucede con los pájaros”, escribe Levrero en El discurso vacío. Ocurre, dice, “cada vez que me pongo a escribir”. En el Discurso es Pongo, el perro, quien aparece con un pájaro en la boca, muerto. “Estas cosas son desconcertantes y me complican, sobre todo por su carga simbólica. Siento como si de pronto las circunstancias me situaran de lleno en un tema que trato de eludir, un tema para el cual no me siento todavía maduro”. Ese tema es -ya lo sabe el lector- la salvación del alma propia, “el retorno a mí mismo”. “¿Qué se ha hecho de mi alma? ¿Por dónde andará?”, clama Levrero una y otra vez.

Y en la pág. 144 de la NL aparece otra de las tres líneas argumentales vertebradoras del prólogo-diario: *Al levantar la persiana del dormitorio, vi una vez el cadáver de una paloma en una azotea muy próxima a este edificio. Lo había visto ya hace unos días, y volví a verlo más recientemente, y en esa segunda oportunidad había visto a la pareja de la paloma muerta en actitud de velorio, parada muy quieta a uno o dos metros del cuerpo, de espaldas a mí, mirando fijamente al muerto.*

Y en la página siguiente: *Hoy volví a verla; parece que es cierto lo que he leído del duelo de las palomas. Pero hoy la escena tuvo momentos dramáticos. Sin saber si esto será fiel a la verdad, voy a designar a la*

paloma viva como “la viuda”, asumiendo que el cadáver es un macho. (...) Me pregunté qué sabrían de la muerte las palomas. En cierto momento me dio la impresión de que la viuda no estaba exactamente en actitud de duelo, sino de espera; como si pensara que el estado del cadáver fuera reversible. (...) Yo seguía postergando mi desayuno, fascinado por la escena.

Y desde ese momento la investigación arquetípicamente *detectivesca* del misterio de la paloma será otra vertical estructuradora del proliferante prólogo-purgatorio.

27 / Epifanía

Págs. 197-198 de la NL: *Me quedó pendiente el tema de la paloma muerta como símbolo. Debo explicar al lector (...) que hace unos cuantos años escribí un texto llamado **Diario de un canalla**. Lo escribí en Buenos Aires. Mi impulso inicial había sido continuar la “novela luminosa” (...) y apenas me puse a escribir comenzaron los problemas con los pájaros. Primero cayó un pichón de paloma en el estrecho fondo de mi apartamento en planta baja; y cuando el pichón logró irse volando, cayó otro, ahora no de paloma sino de gorrión, y esa presencia de pájaros caídos se fue transformando en el tema principal de lo que estaba escribiendo; casi una crónica minuto a minuto de los acontecimientos que se producían en el fondo de mi casa. Entendí que esa epifanía de pájaros tenía un carácter simbólico; lo cierto es que a veces la llamada realidad objetiva se hace presente con un fuerte carácter simbólico. Y entendí que de algún modo yo había provocado esos sucesos por el hecho de haberme puesto a escribir. El paso de los años no me ha hecho cambiar de opinión, aunque quiero dejar constancia de que no me parece que pueda considerarse un hecho milagroso. Quizá sí un poco mágico, si entendemos la magia como una técnica perfectamente explicable. El Inconsciente sabe y puede hacer muchas cosas que nuestro pobre yo consciente ni imagina posibles. Ahora, entonces, me pongo en marcha con mi proyecto de continuación de la novela luminosa, incluso recibo una beca para que pueda dedicarme por completo a esa tarea, y he aquí que nuevamente pasa algo extraño con los pájaros. Aparece una paloma muerta, aparece la posible viuda con sus*

extrañas conductas. ¿No será esto, recién lo pienso en estos días, también un símbolo? Un símbolo de mi espíritu muerto, que ninguna viuda (digamos, mi yo consciente) podrá resucitar a pesar de todos sus esfuerzos. Si fuera así, el señor Guggenheim puede irse despidiendo de la idea de que su beca produzca los frutos esperados. (...) Me preocupa mucho la idea de que mi espíritu esté muerto -al menos, el espíritu que me llevo a escribir la novela luminosa en 1984-. (...) Eh, paloma muerta, levántate y vuela. (...) Esta madrugada (...) tomé una importante decisión: el 1ro de diciembre comenzaré a trabajar en el proyecto. Si el espíritu sigue muerto, paciencia; escribiré con lo que soy ahora. La unidad formal se resentirá, y probablemente el resultado sea lamentable (...) pero hay cosas importantes para decir.

28 / Cuchilladas

En el Nro 9 de la revista *Maldoror*, publicado en 1973, aparece una entrevista realizada por varios escritores a Juan Carlos Onetti y allí el joven Levrero arremete con terrible agudeza:

Hace algunos años leí El pozo de punta a punta (yo mal lector y con discutible sentido critico, a más de pésimamente informado). Me pareció una obra formidable, auténtica, comparable a las mejores de los escritores que yo más quería. Es decir, no salvando las distancias porque no hay distancias, sino encuadrando las cosas en su lugar y su tiempo, me produjo la impresión de algo de Kafka o El extranjero de Camus o Los siete locos de Arlt. Y hay una relación entre estas obras y sus autores, y estas obras y yo, y es -digo, una relación entre muchas posibles, pero muy importante- lo que hay de suicidio en ellas, detrás y por encima de ellas. Ahora bien: la literatura posterior de Onetti es distinta. No me costaría nada hablar de calidad, oficio, profundidad y aciertos; pero es distinta, allí no hay suicidio o no es real el suicidio. Hay tal vez la distancia que va de La peste a El extranjero; en última instancia, el descubrimiento de un artificio. Tal vez, estas obras son más literatura (y creo que Kafka nunca aprendió a escribir y fue suicida hasta la muerte). La pregunta que yo formularía entonces a Onetti, tiene muchas puntas, y tal vez se enoje, tendría que ver con el suicidio, con la distancia entre El pozo y lo demás; si él lo siente alguna

vez así, si lo ignora, si no lo sintió nunca; si odia al Pozo, si le parece escrito por otra persona o si preferiría no haberlo escrito; si no se sintió nunca culpable de haber seguido viviendo o haber seguido escribiendo. Si, por ejemplo, no hay algo de esto en Bienvenido, Bob, la otra cosa que a pesar del artificio me impresiona mucho. (Si no hay, en Bienvenido, Bob, esa culpa de haber aceptado algunas reglas para seguir viviendo).

Y Onetti le contesta: *En cuanto a la pregunta final que hace Mario Levrero (que ruego sea publicada), pienso que tiene razón. Respecto al suicidio, es casi seguro que sea cierta. Creo que en todos mis libros, además de El pozo, el tema principal y subyacente es el suicidio. El acto puede ser postergado; Mario Levrero podría iniciarme en la experiencia.*

El análisis de este cruce de cuchilladas merece otro capítulo.

Creo que Juan *no comprende del todo* el sentido de la agresión de Jorge.

29 / Hetimasía

Muchos años después de este duelo a cuchillo, el *enfant terrible* de Maldoror demostrará, en el libro *Conversaciones con Pablo Silva Olazábal*, haber revisto (por lo menos en parte) su concepción de la *orfebrería estética* como una astuta *aceptación de algunas reglas para seguir viviendo*, cuando defiende el manierismo (made in Henry James) con el que Onetti enigmatisa el clic (¿irresoluto?) de *Los adioses*:

Esa artificiosidad, que no discuto, me parece el mejor de sus méritos. Como en su maestro Faulkner. Este libro de Onetti lo leí varias veces y con el mayor placer, a diferencia de otros. Y creo que salvo en El pozo, encontrarás poca cosa de Onetti que no sea artificiosa.

En una de las cartas intercambiadas por el joven Onetti con Julio Payró en los tiempos de Linacero, el *pater* de Santa María reconoce que *El pozo* está hecho *a las patadas* pero que de alguna forma siente que nunca más va a poder volver a expresarse con esa autenticidad obscenamente salvaje.

Y eso es lo que Levrero no soporta: la no aceptación del *suicidio estético* que implica *escribir mal* con tal de que *aparezcan todas tus estrellas*.

Este consejo será dado por Seymour Glass a su hermano Buddy en la principal de las nouvelles finales de J.D. Salinger, que terminó por suicidarse profesionalmente y dejar de publicar a partir de 1965.

Y el caso de Franz Kafka fue más dramáticamente enfermizo, todavía.

Onetti me comentó en el 68 (con una sentenciosidad profética erizante) que Salinger tenía cosas maravillosas pero que él *no le veía salida*.

Y lo cierto es que Juan encontró esa salida construyendo el mundo *hetimasíaco* (lo que significa, desde los primeros siglos del arte cristiano, *irradiar el resplandor encubierto de la divinidad*) de Santa María.

Pero Levrero fue incapaz de *estetizar estructuradamente* su *llaga luminosa* y terminó por parir su novelón final no exactamente a las patadas, pero sí agonizando como el Linacero de la última página de *El pozo*: *Sonrió en paz, abro la boca, hago chocar los dientes y muerdo suavemente la noche*.

Pág. 430 de la NL: *Una única, eterna madrugada, ha sido, y es, mi vida de estos últimos años -no preguntar cuántos*.

Ya mediado el diario-prólogo, Levrero siente aproximarse irremisiblemente lo que ha llamado el *día D* (fecha que ha elegido para empezar con el proyecto de la beca) y apunta a propósito de otra de las líneas argumentales vertebradoras de la NL:

Estoy tratando de explicar mediante estas imágenes lo que me sucede con la computadora. Si bien no la heredé, sino que la compré, y si bien no me produce ningún beneficio material visible, mi fascinación con esta actividad cerebral que fui desarrollando a partir del uso de la máquina es del tipo de las que he descripto más arriba en relación a los supermercados. Estoy poseído por un sistema. Me siento ajeno. Y sin embargo no soy otro. Quiero liberarme, pero no quiero; hay un querer más profundo que le es opuesto. En realidad, es como si hubiera heredado no una cadena de supermercados, sino de prostíbulos. El placer que genera el uso y la exploración de la computadora es muy intenso. No sé cómo escapar de esto.

Pero en la madrugada del viernes 1ro recurre a la relectura de su Patrona para *excitarse psíquicamente*, y opta por comenzar su *día D* citando el balbuceo de esa prosista torturada y suicida (en un sentido estético) que fue Santa Teresa de Jesús:

Pocas cosas que me ha mandado la obediencia se me han hecho tan dificultosas como escribir ahora cosas de oración, lo uno, porque no me parece que me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo; lo otro, por tener la cabeza tres meses ha con un ruido y flaqueza tan grande, que han los negocios forzosos escribo con pena; mas entendiendo que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles, la voluntad se determina a hacerlo de muy buena gana, aunque el natural parece que se aflige mucho; porque no me ha dado el Señor tanta virtud, que el pelear con la enfermedad continuo y con ocupaciones de muchas maneras, se pueda hacer sin gran contradicción suya. Hágalo el que ha hecho cosas más dificultosas por hacerme merced, en cuya misericordia confío.

Y es muy interesante señalar que este vínculo entre Levrero y Santa Teresa convalida, precisamente, la afirmación que hace Irlemar Chiampi en su prólogo a *La expresión americana* de José Lezama Lima: *De ahí que el barroco figura en la fábula de nuestro devenir como un auténtico comienzo*

y no como un origen, puesto que es una forma que re-nace para generar el hecho americano.

31 / Andar

Empecé entonces a reflexionar, con más seriedad de la que había puesto hasta ahora, sobre las dificultades y los peligros de mi doble existencia. Esa otra parte de mí, que tenía el poder de proyectar, había tenido tiempo de ejercitarse y afirmarse cada vez más; me había parecido, últimamente, que Hyde hubiera crecido, y en mis mismas venas (cuando tenía esa forma) había sentido que fluía la sangre más abundantemente. Percibí el peligro que me amenazaba. Si seguían así las cosas, el equilibrio de mi naturaleza habría terminado por trastocarse: no habría tenido ya el poder de cambiar y me habría quedado prisionero para siempre en la piel de Hyde.

Este fragmento de *La confesión de Henry Jekyll*, que remata la arquetípica nouvelle de Robert Louis Stevenson, podría describir al vértigo sufrido por Levrero a partir del día D, cuando decide derrotar a su maldito enano interior esclavizado por la computadora.

El sábado 2 de diciembre releo las pocas páginas del capítulo *continuador de la novela luminosa* y no las encuentra mal.

Págs. 233-234: *Me parece que sí, que voy a tomar estas páginas y seguir desde allí con mi proyecto. Hoy (ayer, viernes, y hoy, sábado de madrugada) me limité a leer un poco más de mi Patrona y a revisar esas páginas. Me costó llegar a esas páginas; me invade una pesadez mortal, una torpeza infinita cuando pienso en mover esos materiales. Es lo que Santa Teresa llama “el natural”. Ese loco natural que me vuelve loco desde hace tanto tiempo: y me quedan pocas herramientas para lidiar con él. Bueno, al menos hoy logré marginar por un buen rato la computadora - quiero decir, fuera del uso lícito del Word para estas cosas.*

Hasta que finalmente, según consta en la pág. 238, el *hombre de espíritu muerto* se decide a *levantarse y andar*, como se lo había ordenado al cadáver de la paloma de la azotea vecina.

Y aunque ya tenía puesta la ropa con la que duermo, encendí la computadora -con la configuración del usuario escritor- y me puse a teclear. No sé cómo salió, pero cuando me fui a dormir, setenta minutos más tarde, había dejado de sentirme culpable.

Aunque enseguida anota que *quedó pendiente el final de la historia, la parte “luminosa” propiamente dicha.*

Lo que indica que la *reanimación* todavía tardará meses en completarse.

32 / Iceberg

Al terminar la última sesión de la terapia que hice entre junio y noviembre de 2012, T me acompañó hasta la puerta de calle y sentenció, con los ojos llagados por una especie de santidad flamígera:

-Mirá, cuando un hombre **se decide de verdad** a enfrentar un problema interior, **siempre vence**.

Y es muy probable que le haya dicho algo parecido a Jorge en su momento, arriesgándose a que el hombre cadavéricamente **tomado** por el arquetipo de Jekyll & Hyde lo mandara a la mierda.

Pero nunca conviene especular inventando tristezas eventualmente tragadas por los confesionarios.

Lo único que importa en esta aventura de autosalvación, para quien tenga antenas capaces de captar la **gracia de profundidad** (bellísima expresión tan machacada por Onetti) es constatar que Levrero **pudo agregarle el relato titulado *Primera comunión*** a los seis capítulos interrumpidos de la primera y finalmente trunca novela luminosa.

Y que **el progreso de la creación de la historia triunfante está cuidadosamente omitido** hasta la página 431, donde termina el prólogo-diario.

Es en esta sabia planificación del **efecto de iceberg** donde Levrero nos demuestra su maestría de escritor psicomago.

Porque cuando por fin leemos *Primera comunión* (anexa a los recauchutados primeros y últimos cinco capítulos de la proto-NL) nos encapucha la multidimensionalidad inefable del *satori*.

J.D. Salinger utiliza ese término oriental (tomado del doctor Suzuki) en *Franny y Zooey*, y lo define como el *conocimiento puro surgido del estar con Dios antes de que Él energizara el bigbang capaz de evolucionar hasta nuestra vida consciente*.

Y lo que buscaba Jorge enloquecidamente era transmitir eso, fuese como fuese.

Ayer comenté para el blog el primer disco de Diego Presa -un infrecuente artista uruguayo que ha perseguido durante toda su vida una apenas *ideologizada inmersión en lo eterno*- y me acordé que hace poco me preguntó qué me había parecido *La novela luminosa* y le recomendé aguantarle todas las infernales irregularidades hasta el final, porque allí también iba a encontrar la PAX-LUX inasible.

En su entrevista-artículo publicada en la revista chilena UDP, Álvaro Matus hace una síntesis final de la relación entre el autor de la NL y Chl que merece reproducirse:

Cuando se refiere a sus comienzos de la relación con Chl, abreviación de “Chica lista”, Levrero concluye que “en la tensión de nuestro deseo, Chl y yo fuimos, por un momento, como dioses. Una forma sobrenatural de magia que está al alcance de todo el mundo, pero que pocos perciben como tal”. Después vino el desencantamiento, la amante se transformó en la amiga preocupada por su salud, alimentación y también por los avances del diario de la beca. En otra entrada, el autor da más pistas: “Anoche Chl leyó estas páginas recientes del diario donde se narra nuestro encuentro. La lectura tuvo en ella el mismo efecto que en mí la escritura, y quedó con los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas. No digo que otros lectores vayan a conmoverse del mismo modo, pero esas lágrimas no dejan de ser un comentario estimulante para mi trabajo”.

Y termina su análisis (que no tiene una pizca de la horrorosa sequedad que sigue proyectándose en el Uruguay desde el reinado de la generación del 45) con esa clase de contundente apreciación celebratoria que tan pocas veces cosechan los profetas en su tierra:

Los grandes libros siempre conllevan lecturas múltiples, movedizas. La novela luminosa es un monumental ejercicio de exhibicionismo, una versión actualizada de El hombre sin atributos de Musil, un manual para escritores en crisis, pero sobre todo, es la prueba de que el viaje más arduo y arriesgado es el que se realiza hacia el fondo de uno mismo. Levrero se internó como nadie en el laberinto de la personalidad, recorrió cada uno de sus pliegues mentales y, finalmente, tuvo el valor de contarnos lo que había visto.

Lo que correspondería ahora sería rastrear el proceso de trasmutación y de incrustación de *Chl-mujer* en *Chl-costilla celeste*, proceso que vivió el propio C.G. Jung durante su relación con Toni Wolff, una ex-paciente y ex-amante a la que no tuvo más remedio que terminar considerando como su imprescindible y paralela *segunda esposa*.

Porque esa irrupción e internalización del arquetipo del *Ánima* será también lo que *reanimará* finalmente al *Levrero* que pudo completar el *libro de su vida*.

34 / Figura

La proyección del ánima en esa forma tan repentina y apasionada como un asunto amoroso puede alterar el matrimonio de un hombre y conducirlo al llamado “triángulo humano”, con sus dificultades correspondientes. Sólo se puede encontrar una solución soportable a un drama semejante si se reconoce que el ánima es una fuerza interior. El objetivo secreto del inconsciente al acarrear tal complicación es forzar al hombre a que desarrolle y lleve a su propio ser la madurez integrando más de su personalidad inconsciente e incorporándola a su verdadera vida. Sólo la decisión penosa (pero esencialmente sencilla) de tomar en serio las fantasías y sentimientos propios puede evitar, en esa etapa, un estancamiento total del proceso de individuación interior, porque sólo de esa forma puede un hombre descubrir qué significa esa figura.

En este párrafo tomado de *El hombre y sus símbolos* (último y legendario libro de acceso sencillo que Jung aceptó co-escribir y coordinar a pedido de un editor inglés) aparece definido con total claridad el proceso vivido por *Levrero* y *Chl*.

Pág. 111 de la NL: *Cuando apareció Chl hacía unos diez años que vivía con la que en ese momento era mi esposa, y si bien los últimos años habían sido muy, muy difíciles, y ya no formábamos estrictamente una pareja, sino que simplemente convivíamos, y si bien en un principio sentí la separación como un alivio, como una separación, lo cierto es que tuve un duelo prolongado.*

En el capítulo 24 de este centellograma, citamos una declaración de amor a Chl donde el autor de la NL *decide penosamente tomar en serios las fantasías y sentimientos propios para evitar un estancamiento total de su proceso de individuación.*

Pág. 364: *Yo sabía que la aventura con Chl no podía durar, porque yo mismo tal vez no podía durar. Pero estaba dispuesto a asumir la soledad final, que es esta, aunque nunca imaginé que fuera así, con esta ambigüedad.*

Lo que importa es que al producirse la ruptura total del romance (relatada en la página 394) el prologuista, cuyo proyecto ha empezado a *desatascarse* con el encaramiento y la recuperación de una escritura *comulgante*, siente que ese *desprendimiento* puede hacerlo *crecer un poco*, apenas *lo imprescindible*, y probablemente intuya que ya no es Ginebra (la amante que hasta ahora ha considerado como la representación más perfecta de su Ánima) la figura emblemática de su liberación.

35 / Narcisos

En el barroco americano le corresponde a Sor Juana Inés de la Cruz la tarea de remodelar y resignificar desde una óptica cristiana un mito griego tan importante como el de Edipo, con la creación del auto sacramental *El divino Narciso*.

Y viendo imposible casi / el logro de sus designios / (porque hasta Dios en el mundo / no halla amores sin peligro) / se determinó a morir / en empeño tan preciso / para mostrar que es el riesgo / el examen de lo fino. (...) ¡Oh fuente divina, oh pozo / pues desde el primer instante / estuviste preservada / de la original ponzoña / de la trascendente mancha / que infesta los demás ríos; / vuelve tú la imagen clara / de la beldad de Narciso, / que en ti sola se retrata / con perfección su belleza / sin borrón su semejanza!

Y Levrero, que en todo momento se define como *católico*, sabe que solamente una *mutación* hacia el Hombre Nuevo Crístico (como lo plantea la remodelación materialista-energética de la teoría darwiniana propuesta por Teilhard de Chardin) puede hacerlo zafar de la identificación de su espíritu con el cráneo irrecuperable de la paloma.

Y aquí es donde se cumple, inesperadamente, la redención profetizada por la inefable Sor Juana cinco siglo atrás: *Él mismo quiso quedarse / en blanca flor convertido*.

Porque en la pág. 431 Jorge se resigna a aceptar la no concreción del proyecto financiado por Mr. Guggenheim, pero anexa los cinco capítulos luminosos (aunque irreversiblemente truncos) y el relato *Primera comunión*, y entonces se transforma en un San Giorgio capaz de defender a la humanidad vitralizada como una rosa mística, que es lo único que le importó a lo largo de su terrible vida.

Y el que no entienda esto es simplemente un burro, como llegó a bufar Onetti cuando algunos cuestionaron la bondad y la ternura como impulso motor de la *baba de abeja* con la que construyó su universo presidido por la inmaculación de la Virgen.

Pág. 125 del prólogo-diario (al analizarse un sueño vinculado a lo femenino trascendente): *Esto tiene mucho sentido, porque la continuación de la novela luminosa que estoy tratando de poner en marcha comenzaría con un capítulo protagonizado por María. (...) ...mi deuda consiste, justamente, en escribir ese capítulo*.

Y ahora será el Narciso completado por su *costilla celeste* el que podrá saldarla.

Confieso que me costó mucho, en varios momentos de la lectura del elefantiásico prólogo-diario, no abalanzarme hacia los cinco capítulos (incluidos entre las páginas 433 y la 511) de la proto-NL iniciada en el 84.

Pero eso hubiera significado hacerle trampa a Jorge.

Páginas 452-453 y 454 del CAPÍTULO SEGUNDO: *En aquel tiempo, y aunque parezca mentira, me levantaba diariamente a las siete de la mañana y salía en bicicleta a repartir diarios. Aun si hubiera frío, viento o lluvia. Y lo hacía gratuitamente, sin ganar un centésimo. Ello se debía a que, como ahora, era consecuente con mi manera de pensar -solo que pensaba de modo muy distinto al de hoy-. (...) La muchacha, muy joven, estaba sentada en una cerca (...) y había otras personas por allí. (...) Sé que vi a la joven (...) porque después soñé con ella. He dicho que había en mí una prohibición de pensar (en determinada dirección, pero no he dicho que había una prohibición, ligada a aquella, mucho más terrible: la prohibición de amar. (...) Esa madrugada desperté sobresaltado, sudando y castañeteándome los dientes, como si hubiera padecido una pesadilla. Encendí la luz de la portátil y encendí también un cigarrillo. Evoqué el sueño que había tenido, y cuando por fin apagué la luz y me dispuse a seguir durmiendo, yo era, ya, otra persona. (...) Muy sencillamente, ella me había mirado con amor (...) ...porque, a ella, no le habían destruido su capacidad de amar. Hasta ese momento yo no había visto amor en la mirada de nadie (...) ... yo te aseguro que aquella mirada está viva y lo estará siempre, porque existe una dimensión de la realidad donde estas cosas no mueren; no mueren porque no han nacido ni tienen un dueño ni están sujetas al tiempo y al espacio. El amor, el espíritu, es un soplo eterno que sopla a través de los tubos vacíos que somos nosotros. No es tu fotografía lo que llevo en el alma, muchacha sin rasgos: es tu mirada, justamente, lo que no era tuyo, lo que no era tú. (...) Acostumbrado a la consciencia estrecha, seguí con ella; pero la mirada aquella me había inyectado la dimensión del amor. (...) Mi consciencia estrecha se oponía a la dimensión del amor; peor para ella. La batalla estaba perdida -es decir, ganada- porque Dios no permitió que aquel sueño pasara inadvertido.*

Y pensar que cuando Jorge me contó este milagro iniciático ya estaba irreversiblemente convencido de que ciertas experiencias no se pueden escribir sin que se desnaturalicen.

37 / Milagros

Ayer me invitaron a comer *pañuelitos de ricota* y los compartí feliz, aunque ese amasijo lácteo que le gustaba tanto a Levrero me cae peor que el arsénico.

Y ahora acabo de asumir, después de ser crucificado por una pesadilla *espantosa y necesaria*, que los resultados del PET que me van a hacer el viernes ya casi ni me importan.

Vivo verdaderamente *herido de muerte* como mi amigo Jorge y me siento tan *canalla* como los que siempre me odiaron por *tratar de ser lo que uno es*, simplemente.

Hace dos o tres días leí en ZENIT, una publicación virtual del Vaticano, un comentario terriblemente frontal del Papa Francisco al comentar los Hechos de los apóstoles (16,1-10) y el Evangelio de Juan (15,18-21): *Él, que es maestro del amor (...) habla de odio. (...) Pero a Él le gustaba llamar las cosas por su nombre. Y nos dice ¡No tengáis miedo! El mundo os odiará. Sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí. Jesús (...) nos ha elegido y nos ha rescatado. Nos ha elegido por pura gracia. Con su muerte y resurrección nos ha rescatado del poder del mundo, del poder del diablo, del poder del príncipe de este mundo. El origen del odio es este: somos salvados y aquel príncipe del mundo, que no quiere que seamos salvados, nos odia y hace nacer la persecución que desde los primeros tiempos de Jesús continúa hasta hoy.*

En los CAPÍTULOS PRIMERO, TERCERO-CUARTO y CUARTO-QUINTO de la proto-NL se relatan **tantos hechos luminosos-milagrosos**, que resulta imposible comentarlos como se lo merecen y por eso elegí centrarme nada más que en la mirada sobrenatural de la muchacha que figura en el CAPÍTULO SEGUNDO.

Es muy raro encontrar tanta maravilla junta recogida en una historia de vida.

Pero lo doloroso es que también Gandolfo, que conoció tanto a Jorge, padezca de la misma sequedad y ceguera que el resto de los críticos que nos aburren tanto en la mayoría de sus *reseñas diareras* (como le gustaba decir a Espínola Gómez) **y termine ignorando todas estas maravillas** para desembocar directamente en la mención del relato final, *Primera comunión*, al que apenas reconoce como *una auténtica conversión religiosa*.

Aunque enseguida agrega un rezongo laicista: *Hay largos tramos en que el tono de la alegoría o la creencia directa se impone a la ambigüedad de la literatura*.

38 / Ella

El tan anunciado relato *Primera comunión* aparece ubicado como un texto independiente de la proto-NL, ocupa 22 páginas (de la 512 a la 534), y es el verdadero final de este libro, porque el brevísimo *Epílogo* no aporta nueva *magia luminosa*.

(Aunque sin embargo importa reproducir su acápite, que es una cita de J.D. Salinger: *He terminado con esto. O mejor dicho, esto ha terminado conmigo. En el fondo, mi mente siempre se ha rehusado a aceptar cualquier tipo de final.*)

Primera comunión arranca así: *Cuando me mudé a este apartamento, hace un par de años, me resultó simpático descubrir una baldosita que se veía desde el palier, por encima de la puerta, y tenía una imagen de la Virgen. Más abajo, atornillada al dintel, había unachapita con las palabras “Ave María Purísima”. Pensé en un rancho: alguien golpea las manos y grita:*

“¡Ave María purísima!”, y yo respondo desde adentro, también gritando, entre los ladridos de los perros: “¡Sin pecado concebida!”. Esta baldosita me ayudó a sentirme protegido en la aventura de vivir solo después de haber perdido la costumbre. No hace mucho, una alumna que salía de casa una vez concluido el taller, desde la puerta del ascensor se dio vuelta y señaló la baldosita. -¿Sos católico? -preguntó. Me quedé mirándola durante varios segundos, en un estado de extrema perplejidad. Se trataba de una pregunta para la que no tenía respuesta. -No sé qué decirte -respondí, y la cuestión me quedó dando vueltas en la mente durante varios días-. Una tarde, en la cocina, mientras lavaba los platos -maravillosa oportunidad de reflexionar- encontré la respuesta. La formulé lenta y claramente: “Sí, soy católico del mismo modo que soy uruguayo”. No por elección, sino por nacimiento.

Y desde allí hasta la página 523, Levrero recapitula el reencauzamiento de una religiosidad infantil que fue castrada tan involuntaria como horriblemente por su madre, aclarando que antes de morir ella alcanzó a pedirle perdón por la masacre psíquica.

Y enseguida aparece la irrupción decisiva del sacerdote Cándido, con quien el futuro psicomago empieza a compartir inmediatamente una *amistad sin tiempo*.

Estoy segurísimo -aunque no me interesa comprobarlo con datos históricos ni discutir la hipótesis con nadie- de que este hombre es el *modelo* del Dante de *Alice Springs* que *verticalizará* para siempre la obra de Levrero hacia la consumación de una *fe* irreversible.

39 / Factor

A los pocos días de operarme le pedí una consulta a T, porque mis éxtasis místicos se espiralaron ascendentemente y la *llama de amor vivo* intensificó la espesura de su PAX-LUX hasta hacerme *ir de vuelo* entre una vitralidad inédita, pero también los contrataques de la *angustia de muerte*

me resultaron más abismales que nunca y hubo una noche en la que meforcé a escribir -como única salida- un capítulo de este libro para aguantar el horror que me provocaba la obligación de *tener que seguir viviendo*.

-Bueno -sentenció el hombre setentón ya largo, con la santidad opacada por una perentoriedad casi impasible. -Cuando hiciste el laringoespasmo y *elegiste quedarte acá* cruzaste una frontera y es hora de liberarse de lo que yo llamo *el terror al **factor ca***. Vivimos en una cultura donde hasta la gente religiosa piensa que *todo lo que se termina o se pierde o se rompe implica una **ca**-tástrofe, una injusticia*, etc. Vos ya *creciste* como para no desesperarte más frente a cualquier cosa que te pueda pasar, porque el adulto completo entiende que *todo* forma parte de un proceso natural de vida. Entonces cuando viene ese tipo de angustia la espantás, simplemente, como si fuera el *cuco* con el que nos aterrorizaban cuando éramos chicos. Y podés espantarla. Ya sos más fuerte que ella.

Entonces entendí que cuando Jorge Mario Varlotta Levbrero quedó infuso en la *gratia plena* interior con las que escribió las últimas seis páginas del relato *Primera comunión*, no solamente recuperó la *magia luminosa* mutilada en la mesa de operaciones, sino que además **creció hacia su máxima expresión de escritor psicomago**.

Pág. 530: ...y vi, vi, *no me pregunte nadie con qué ojos, pero vi, en mi interior, la cara de una mujer conocida y amada, y luego la cara de otra, y luego de otra, y fue una legión de mujeres amadas, que incluía a mi madre, y en tal cantidad y a tal velocidad que ya no pude reconocerlas una por una, pero estaban todas allí, desfilando, acercándose a mí, y todas parecían decirme lo mismo, un reproche, un “por qué no me quieres”, y supe que eso que me estaba hablando, esa esencia pura de lo femenino, ese denominador común a todas las mujeres y todos los amores, era Ella, la mismísima María, en toda su fuerza y toda su presencia. No se parecía a las estampitas. No era una mujer, sino todas las mujeres. Una abstracción viviente y presente.*

Y esto en medio de un llanto que durará ininterrumpidamente hasta el otro día, cuando Cándido considera que ya está maduro para tomar la comunión.

Y aquí termina mi *centellograma* de *La novela luminosa*, Jorge.

Te pido que me perdones la *poca fe* que me hizo demorar siete años en leerla, además de que se haya necesitado el *fórceps* de la irrupción de *tu energía astral* en la generosidad de Eduardo Nogareda para que al final me decidiera a desmenuzarla milimétricamente durante muchos meses, obsesionado por *el proyecto de entramar un análisis sincrónico luminoso*.

A más de un siglo de la muerte de Julio Herrera y Reissig y del nacimiento de Juan Carlos Onetti / Periquito el Aguador, el establishment culturoso de la toltería de Tontovideo sigue digitado por insufribles *plumíferos sin fantasía*.

(El exégeta oficial del *divino Julio*, por ejemplo -un aburguesado escarpelador de la belleza paroxísticamente panoramizada por el *imperator*- se luce repartiendo erudición sudaca en Yanguilândia y está tan lejos de parecerse a una *fiera humana* como Juan Carlos el Borbón a su tocayo, el monarca sanmariano.)

Y vos ya hace bastante tiempo que te pusiste de moda en el carnavalito provinciano de la pos-posmodernidad, aunque a la gran mayoría de los lectores que se cambian tus libros como figuritas les importe un carajo tu *religiosidad definitoria y esencial*.

Por eso escribí esto lo más rápidamente posible (y además alertado por la explosión de un cáncer que me agarraron a tiempo, aunque nunca se sabe): para pasar un poco menos de vergüenza frente al mundo que ya te reconoce como un creador excepcional.

Sí, sé lo que me dirías: *Favor que usted me hace*.

Pero alguien tenía que salir a vociferar en la Plaza Independencia que *la escena del llanto narrada en tu novelón es uno de los más maravillosos relámpagos de la literatura de todos los tiempos.*

Ah, y mirá que ni siquiera conservo aquella horrible primera edición de Banda Oriental que me dedicaste *con cariño y gratitud.*

Mi desapego a los tesoros mundanales es muy parecido al tuyo.

(Es posible que no sepas que una vez encontraron a San Juan de la Cruz rompiendo la última carta que le quedaba de tu Patrona, la *loquísima* Santa Teresa.)

Bueno, nos vemos cuando el Señor lo indique, querido Jorge, y espero que sea tomando mate a la orilla de algún resplandeciente mar de la tranquilidad.

Cuartel Artiguista de la calle Lepanto
2013